


Inma López Silva

Concubinas

Traducción de Xosé Antonio López Silva

 ediciones
ÁMBAR



Título de la edición original: *Concubinas*

Primera edición en esta colección: Mayo, 2009

© Inma López Silva, 2002

© de la traducción, Xosé Antonio López Silva, 2009

© de la presente edición, 2009, Ediciones Ámbar, S.L.

Rambla Can Mora, 18, local 2, 08172 – Sant Cugat del Vallés (Barcelona)

<http://www.ediambars.es>


Printed in Spain

ISBN: 978-84-92687-03-9

Depósito legal: B-18531-2009

Impreso y encuadernado en LIBERDUPLEX

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.



Gracias

*A mi hermano Xosé, por la close reading que libera a los
lectores inteligentes de las autoras despistadas.*

Porque, pese a ser close, no ha dejado de ser reading.

*A Xosé A. Neira Cruz, por prestarme la historia de
Eleanora de Toledo y el Gran Duque de Toscana.*

*A Xesús Alonso Montero, promesa del día que me
descubrió a Mony Hermelo.*

A Miguel Sicart, por las películas.

*A Alice Melandri, en los refugios de Forlì y Bologna,
recordándome que Predappio sigue siendo un lugar
prohibido para los soñadores y para los justos.*



*Sigh no more, ladies, sigh no more
Men were deceivers ever
One foot in sea, and one on shore
To one thing constant never.
Then sigh not so, but let them go,
And be you blithe and bonny,
Converting all your sound of woe
Into hey nonny, nonny.*


*Sing no more ditties, sing no more
Of dumps so dull and heavy.
The fraud of men was ever so
Since summer first was leafy.
Then sigh not so, but let them go,
And be you blithe and bonny,
Converting all your sounds of woe
Into hey nonny, nonny.*

W. SHAKESPEARE

No suspiréis, señoras, no suspiréis más
Los hombres siempre fueron unos farsantes.
Un pie en el mar y otro en la playa
Constantes en una sola cosa, jamás.
Entonces no suspiréis así y dejadlos ir
Y sed felices y hermosas,
Convirtiendo todos vuestros tonos de pena
En alegría, ¡alegría!


No cantéis más canciones, no cantéis más
Sobre melancolías tan sombrías y pesadas.
La frase de los hombres siempre fue así,
Desde que el primer verano fue fértil.
Entonces no suspiréis así y dejadlos ir,
Y sed felices y hermosas,
Convirtiendo todos vuestros tonos de pena
En alegría, ¡alegría!





Carmen Sálvora dijo muchas veces que James Dean murió por cegato y por presumido, que era miope perdido y siempre se empeñaba en no ponerse las gafas, por eso pensó que era recta la curva de asfalto que acababa en el mar. Y también le contó muchas veces a Inés, cuando era niña, el asunto aquel de la rosa que inventaron en Francia y se llevaron a América en la Guerra Mundial. Pero lo que más nos contó Carmen Sálvora fueron los tiempos de París y de los montes de Italia, los días de convertirse en partisana, de fumar con estilo y *glamour* y de amar con dosis de naranja. Y de esos tiempos, a Carmen se le quedaron en el hablar las palabras y los aromas en francés. Vivió París en aquellos días que Inés solo conoció por las películas, días que volvieron cursi al mismísimo Bogart al ser capaz de enamorarse de alguien que dijo —pobre guionista— que las bombas de los alemanes eran los latidos de un corazón.

En París, Carmen Sálvora empezó cantando en los cabarés, porque no es que fuese guapísima, pero al parecer tenía un atractivo de esos irresistibles; un atractivo que a Inés, sin



ni siquiera haber visto fotos de Carmen de joven, se le antojaba como el de Bette Davis en los cuarenta. A Sálvora le duró toda la vida la euforia de los ambientes tipo Moulin Rouge, que siempre puso los ojos soñadores y nostálgicos de las bailarinas de Toulouse-Lautrec al empezar a contar los tiempos en que las ansias se convirtieron en revoluciones.

En todas las ocasiones que Carmen Sálvora sujetó a Inés en brazos y empezó a hablarle, daba la sensación de que la vida le había empezado en esos tiempos de correr de París a Italia y de Italia a Berlín. Los tiempos de Alain y Zacarías, de Óscar y, sobre todo, de Isadora Génova. Tiempos de querer una Inés, como Inês de Castro, para cumplir leyendas e ilusiones.

Carmen Sálvora llegó de andar por el mundo pidiendo una Inés, antes o después, pero que fuese Inés. No pudo ser otra cosa. Y también le rogó a su propia vida que le diera tiempo de criarla un poco antes de pasar a ser fantasma en San Eirís. Entonces se cumplieron los destinos, y sí, hubo Inés para Carmen Sálvora en los días de la madurez, cuando aún se le distinguía en los ojos el brillo del Moulin Rouge y cuando cantaba con voz afónica las canciones de hacía más de veinte años, todas en alemán.

Más de veinte años después de llegar Carmen Sálvora, maleta de cuadros en mano y casquete con tul y una flor, aparecieron de repente los lloros y los ruidos del bebé. Pero claro, a pesar de los apellidos regios y pomposos, Inés Andrade Zumálave no fue princesa ni viva ni muerta (como Lady Di), ni tampoco pobló leyendas y ansias, como Inês de Castro. Esta Inés nació mestiza y telúrica, nació con el pelo largo, y

por eso en el primer llanto de saludo al mundo de los vivos ya se le notó, creo, un punto de devoción por Carmen Sálvora.

En realidad, todo empezó cuando Helena Zumálave llegó un día al cuarto de camas separadas donde dormían a veces ella y su marido y le dijo Raúl, hay que juntar estos colchones.

—¿Ahora?

—Ahora y para siempre

La respuesta de Helena sonó tan categórica, tan a ultimátum, tan imprescindible que a Raúl Andrade no le debió de caber ninguna duda de que las cosas iban a empezar a cambiar, pero cambiar-cambiar, como un giro copernicano. Tuvo que ser así porque desde entonces las camas gemelas aparecieron unidas todas las mañanas y los dos se sentaron a desayunar en el comedor con una sonrisa de oreja a oreja, cruzando miraditas pícaras con una lucecilla en las pupilas y jugando revoltosos con las servilletas y con los pies bajo la mesa, como intentando, al final, que la misma operación de las camas de noventa centímetros se pudiese hacer con las sillas acolchadas del comedor, herencia última de los restos y residuos de la familia colonial de Ugarte Zumálave. ¡Aquella luz en los ojos! ¡Aquellos guiños y aquellos juegos en la mesa por la mañana! Quién sabe por qué no descubrieron esas maravillas antes de casarse, o en la noche de bodas, o en la luna de miel. Quién sabe lo que les pasó para esperar varios años a descubrir lo que se perdían, como siempre dice Carmen Sálvora, por imbéciles soberanos.

Pero claro, Carmen Sálvora sí sabía, quizá fue la única que lo supo, por qué su Inés había tardado tanto en llegar. En realidad, fue ella la culpable de la ola de determinación y

de pasión de aquella primera noche de camas unidas, porque si no, nadie se explica de dónde le pudo venir a la pobre Helena Zumálave tal idea, tal perversión, dijo el cura que la confesó.

—Pues vuelves al confesionario, le abres la reja al fraile, y le dices, *Helenette*, que no te explicas cómo pudo nacer él si no fuese porque su padre y su madre dormían, como mínimo, sobre el mismo lecho. Vuelves y le dices que se deje de monsergas y vaya a rezar por nosotros, por la perversión del mundo y, sobre todo, por el trozo de la vida de Cristo con María Magdalena que no sale en los Evangelios.

Cuando Helena volvió a la iglesia, abrió la reja del confesionario y le dijo al fraile palabra por palabra todo el recado de Carmen Sálvora; él la miró casi como asombrado, y comprendió que la Sálvora era el reguero de luz que él había pedido durante tantos años para la casa de los Zumálave. Y por lo menos lo fue aquel día, porque, sonriendo, fray Amaro le dio la bendición para que fuese tranquila, o en paz, como dicen los curas, y así no volvió a haber problemas de remordimientos, ni de miedos al fuego del infierno, ni visiones de monstruos con cuatro ojos y siete cabezas (casi ciegos, entonces, como James Dean), cada vez que Helena Zumálave y su marido se miraron uno al otro en privado. Fue gracias a esa bendición sonriente del cura, en definitiva, que no hubo ningún impedimento para el encargo de Inés, unos meses después, en el viaje a Berlín.

Raúl Andrade siempre recordó nostálgico el viaje a Berlín. El día que Inés, jugando a las comiditas, partió en siete la última jarra de cerveza comprada en Kudamm, su padre recogió

despacio los pedazos y los guardó en una caja azul y blanca.


—Vaya, Inesita, acabas de romper en pedazos la noche en que tu madre y yo te encargamos.

Ella lo miró y no entendió, pero supo, eso sí, que en la caja con los siete trozos de vidrio dentro se iba algo más que una jarra de cerveza rota. Era la certeza de que tiempos como los de Berlín ya no iban a volver más.

A qué fueron a Berlín fue y será siempre un misterio para los habitantes de San Eirís. Los saneirenses marxistas dicen que fueron allí para buscar una cura al mal de Helena Zumálave, visitar un médico, un psiquiatra freudiano o algo así; pero a ciencia cierta no saben ni para qué fueron ni para qué se pasaron cerca de un mes allí, más que nada porque a Helena no se le curó nada. El caso es que solo volvieron siendo todavía más íntimos del doctor Gassmann, amigo que ya había estado en la boda y que nunca dejó de volver a la casa grande de San Eirís.

De ese primer viaje llegaron los dos, pero sobre todo Raúl Andrade, con una luz especial en los ojos. Eso es una verdad indiscutible. Era como si el sol del norte les hubiera entrado por los poros de la piel y les diese dosis de nostalgia a los ires y venires por la casa de Raúl con Inés en brazos. El sol del norte, que oscurece los días de quien lo mira. Un sol diferente de otros soles que vio Carmen Sálvora. Y sí, en el Berlín apasionado de una noche de hotel apareció, como en una nube de incredulidad, la inminencia de la niña Inés.

Allí estuvieron tranquilos, que nadie iba a oír los gritos escandalosos de Helena Zumálave cada vez que Raúl le tocaba, eróticamente, sólo con la punta de los dedos, un poro de la piel. Es de suponer que había heredado tanta hipersensibilidad de su madre mexicana, pero resulta inexplicable la ver-



sión aumentada y corregida de la hija. La historia es que en Berlín nadie los oyó, nadie puso una mano delante de la boca en señal de vergüenza, o de susto, o quién sabe de qué, como había venido ocurriendo en casa desde el día que juntaron las camas gemelas. Allí tuvieron calma, libertad y tiempo libre de sobra para que Helena Zumálave volviese con cara de ser madre.

Sin embargo, la luz en los ojos de Raúl Andrade no tuvo tanto que ver con la paternidad como con la virilidad, nociones correlativas, es cierto, pero que no son lo mismo. Y no nos engañemos, que la hipersensible era ella —por exagerada—, no él —un poco quisquilloso—. En fin, que no fue la esposa feliz, con coloretos de premamá, la que le subió el ego hasta el extremo de aparecerle a Raúl una luz en las pupilas que no se le fue jamás.

La culpa fue, más que nada, del poso de catolicismo recalcitrante en el quehacer diurno y nocturno de Helena Zumálave que no solo le impidió ser un poco original, sino también saborear algunos detalles que siempre enloquecieron a Raúl, como por ejemplo hacer el amor con un zapato puesto, quedando el otro ladeado (tenía que ser ladeado) en la alfombra. Cosas así le gustaban a Raúl, pero como Helena siempre pensó que eran pecado, se les agriaron.


Al final, la luz en las pupilas del marido también debió de ser culpa de la tendencia inherente al carácter del Raúl Andrade como humano a querer mojarse los pies en todos los ríos y en todos los mares, coge de aquí, muerde de allá, a picar de flor en flor como las avispas. Pues Raúl aprendió a ser avispa en Berlín, mientras Helena visitaba al doctor Gassmann o mientras Helena compraba ropa de diseño alemán. O mientras Helena dormía. El caso es que se las

apañó para hacer que los días de Berlín, después, fuesen nostálgicos.

Aunque bien es verdad que volvieron con luz en los ojos. Por motivos diferentes, pero volvieron felices. Y quizá fue esa felicidad no compartida la que los hizo quererse juntos por el resto de sus días para, al final, no llegar nunca a encontrarse solos.

Sola se encontró Isadora Génova siete días y siete noches después de que su marido se le muriese ahogado en el mar. Y la soledad fue tanta, se sintió tan solísima, que se echó a la calle en Tiburtina y puso su andar de resortes al servicio del universo y de la noche. Ya decía ella muchas veces que se equivocó como una idiota pensando que se le iba a ir la soledad siendo amada y violada cada noche, todo con tintes de adicción, y tuvo que acostarse con Benito para darse cuenta de ello. En fin, que tras conocer a Mussolini, Isadora Génova no solo se sintió más sola que nunca, sino que supo, con la certeza de la intuición femenina, que ella debía de ser una sinécdoque de Italia entera. Por eso acabó quitándose de puta y echándose al monte con los partisanos.

Benito Mussolini apareció por el metro cuadrado de Isadora Génova el día del aniversario de la muerte de su marido en el mar. Era sábado y ella andaba fastidiada porque le lastimaba el empeine del zapato en una pequeña herida que le había hecho una gota de aceite hirviendo el día anterior, mientras cocinaba albóndigas con arroz blanco; y también andaba fastidiada, para qué engañarnos, porque se moría de ganas de comer pescado en una lucha interior contra sus propias promesas. Desde la muerte de su marido, Isadora juró y per-




juró llorando que nunca más iba a comer pescado de mar, y el día fatídico que Mussolini cayó rendido ante las piernas largas de Isadora Génova, nadie sabe por qué, se habían acabado todos los peces de río en todas las pescaderías de Roma. Ella lo miró —traje blanco, pelo abrillantado, pañuelo al cuello y bastón sin ser cojo— con la misma expresión que se les pone a los niños cuando les pisan los juguetes.

Los ojos y el contoneo de Isadora Génova atrajeron hacia sí a un Mussolini que se prendó definitivamente y como por casualidad, porque le coincidía pasar por allí y porque, en realidad, ni siquiera sabía dónde estaba, perdido él en una Roma demasiado grande. Cuentan las malas lenguas y algunas fuentes que también son fiables, que lo que Mussolini conocía de Roma era más bien poco, aunque, desde luego, Tiburtina fue cita obligada hasta meses antes de morir y, sobre todo, desde el momento en que se enganchó a la viuda que le tenía fobia al mar. Así, Benito Mussolini procuró aprender rápido cómo llegar desde su madriguera de *duce* hasta allí, incluso después de que ella se hubiese marchado, como buscando entre todas las putas de Italia los ojos de almendra y el andar de resortes de Isadora Génova.

Benito no supo qué decir cuando aquella puta se le acercó sin reconocerlo y, en vez de preguntarle si quería compañía, le dijo, caprichosa, que le daba lo que fuera si le conseguía unas truchas para cenar.

—Eso está hecho, bonita, pero dime primero para quién es ese favor tan importante.

Benito Mussolini repitió en murmullos Isadora, Isadora, Isadora Génova con antojo de truchas, le preguntó dónde estamos, le pidió que parase a gritos un coche (él consideraba eso muy proletario para ser de los *fascios*) y se fueron los



dos a un piso lujoso y céntrico, gracias a que los taxistas siempre conocen bien las ciudades por grandes y por latinas que sean, y porque normalmente reconocen un *Duce* o un *Führer* o un Generalísimo lejos de su chófer, sin atreverse a dejarlos en tierra si están perdidos en un barrio con una puta de ojos de almendra.

Eso. Que fueron a un piso de lujo a esperar a que llegasen las truchas de Isadora Génova, y a hacer como que se amaban. Con el recuerdo del marido ahogado en el mar reflejándose en el espejo de la habitación mientras en la basura se fueron pudriendo las espinas de unos cuantos peces traídos específicamente desde el Po a Roma para recordarlo a él, en lugar de flores en una tumba.

Pero espinas fueron también los encuentros de Benito Mussolini con Isadora Génova, que tuvo que dejar de trabajar por cuenta propia para ponerse al servicio del *Duce*. Espinas, al final, porque la quiso para él como si fuese el mundo, aplicando la conquista de tierra quemada —con cigarros en la piel morena—, paralizando movimientos de las tropas contrarias —atada a la cama— y silenciando voces subversivas con ley de censura incluida —a base de cañones de revólver en la boca—. Espinas mezcladas con falsas promesas (el mundo será nuestro) y, sobre todo, espinas verdaderas o la seguridad de comer pescado de río siempre que Isadora Génova lo pidió, llorando, como rosas al mar para su marido difunto.

Si don Ugarte Zumálave pudiera, haría como los soldados de la Reina de Corazones de Lewis Carroll e iría pintando con un pincel todas las rosas de los rosales para no vivir con la